

con mil quinientos hombres muy desmoralizados, una vez que todo el grueso del ejército preparado para la defensa nacional se había extinguido en infaustas expediciones.

Enormes fueron los trabajos que tuvieron que sufrir el Presidente y sus compañeros recorriendo leguas y leguas, sin albergues, sin agua y sin alimentos, saliendo al fin al Estado de Durango, en donde continuó la persecución de los franceses, hasta que el Gobierno, después de que sus escasas tropas siguieron sufriendo varios descalabros, se estableció en Chihuahua el 12 de Octubre, para continuar más tarde su larga y trabajosa peregrinación á Paso del Norte, límite del territorio nacional por aquella frontera.

La intervención francesa traída por un grupo de traidores, se había adueñado pues de todo el país, la República era una sombra, y se veía flotar en los palacios y en todas partes, el pabellón triunfante de la monarquía.

Al mismo tiempo que Juárez andaba fugitivo, sin más elementos que su bandera constitucional, Maximiliano se sentaba en el trono de México sostenido por cincuenta mil bayonetas extranjeras y una media docena de testas coronadas.



CAPITULO LVI.

¡Sangre! ¡sangre! ¡sangre!

Los pueblos veracruzanos por donde el más canalla de los bandidos, Dupin, había paseado la desolación y el espanto cometiendo robos, asesinatos y tropelías sin número, se encontraban contentos de que aquel hubiera sido nombrado por Bazaine comandante militar y gobernador de Tamaulipas, con residencia en Tampico.

Los habitantes de Ozuluama habían vuelto á sus hogares, y entre otras familias la de don Miguel Flores, que era éste un anciano trabajador, pacífico y honrado á carta cabal, su esposa y sus hijas, estaban un día entregadas á la faena de arreglar sus piezas, cuyos muebles habían sido destrozados, ya reemplazados por otros que habían podido proporcionarse. Se encontraban las tres en la sala sacudiéndolos, y mientras que los sacudían tarareaban una canción, llenas de alegría.

Repentinamente entró don Miguel que venía demudado.

—¿Qué tienes? le preguntó alarmada su esposa.

Las dos señoritas dejaron también los plumeros y se le acercaron.

—Qué he de tener, exclamó Flores, sacando tembloroso un papel que llevaba en el bolsillo, que el coronel Dupin vuelve.

Todo fué oír aquel nombre y que las tres se pusieran á temblar también.

—Vamos á ver, dijo la señora procurando manifestar alguna calma, como todas las gentes están azoradas, te han dado alguna noticia que puede ser ó no verdadera.

—El alcalde ha recibido una comunicación de aquel hombre bárbaro, y aquí traigo la copia que voy á leerles. Dice así:

«Ha pasado el tiempo de la clemencia: pronto volverá á Ozuluama el coronel Dupin, y en cuanto aparezca en la plaza, deberán entregársele cincuenta fusiles y municiones que estaban destinados, en caso de un revés, á asesinar á sus soldados. Por cada fusil que falte, pagará el pueblo doscientos pesos de multa y diez mil pesos si no entregan ninguno.—En caso de desobediencia á la orden anterior, será reducida á cenizas la villa entera y las haciendas que la rodean. Del mismo modo será tratado todo lugar que continúe fomentando la revolución. Teniendo necesidad de caballos el coronel para remontar su tropa, se traerán veinte ensillados y enfrenados á la plaza de Ozuluama, que serán valuados por una comisión compuesta de tres franceses y tres habitantes de la villa. Si se traen las ar-

mas y se entregan; si los habitantes de los pueblos, fiados en nuestra palabra, vuelven pacíficamente á sus hogares, el coronel empleará la clemencia una vez más; pero si todo lo mandado no se cumple, quedará borrada de la carta del imperio la villa de Ozuluama.»

Las tres se quedaron de una pieza después de oída la lectura de tan atroz documento, sin poder decir palabra, dominadas por el terror.

Por fin la señora Flores fué la que tuvo más ánimo y preguntó:

—¿Qué piensa hacer el señor alcalde?

—El alcalde dice que no hay ni una arma ni un caballo en veinte ó cincuenta leguas á la redonda, porque todo se lo han llevado los quinientos mónstruos que trae Dupin á sus órdenes.

—De manera.

—De manera que si viene, y es seguro que vendrá porque no hay quien se lo impida, aniquilará la población con todo y habitantes, porque ese es un demonio que no tiene entrañas.

En ese momento apareció otro personaje en la puerta de la sala.

—Pase usted, compadre don Agapito, le dijo don Miguel.

Don Agapito venía asorado por más que quisiera hacerse fuerte delante de las señoras.

—Venía sólo á saber de la salud de ustedes, dijo tartamudeando.

—No, usted venía á darnos la funesta noticia, se le conoce en la cara, sino que se detuvo por éstas; pero no tenga cuidado, ya lo saben todo.

—Ya sabemos que viene Dupin, dijo suspirando la señora de Flores.

—¿Y qué piensan ustedes hacer, compadre de mi alma?

—Pues ó morir aquí achicharrados ó abandonar lo que tenemos para quedarnos en la miseria.

—Yo venía á proponerles que se fueran con nosotros á mi rancho, que como está casi oculto en el monte quizás escapará de los foragidos.

—¿Pero en qué bestias nos vamos, si ya no nos han dejado nada los aventureros que vienen con el tigre Dupin?

—Yo les proporcionaré burros.

—Pues entonces cuanto antes, mejor. Yo no aguardo aquí á la fiera. Todavía me tiembla el corazón al recordar las matanzas que hizo Dupin la vez pasada. Me tocó pasar por el camino por donde había muchos colgados, y todavía á la entrada del pueblo lo ví fusilando á tres desgraciados que le parecieron sospechosos.

—Sí, realmente es muy sanguinario el tal Dupin. Uno que viene de Tampico dice que se jacta de haber matado ya á más de quinientos mexicanos, y que tiene intenciones de acabar con todos. En los faroles, en los árboles, en todas partes por allá se ven cuerpos colgados de los infelices á quienes Dupin ha mandado matar. Últimamente colgó en los faroles de la plaza á cinco hombres que calificó de guerrilleros.

Al día siguiente se fueron don Agapito y su compadre don Miguel con sus familias, y fué la señal para que todos los demás salieran, pues nadie quiso esperar á Dupin.

Este llegó á los seis días, y fué tal su rabia al no en-

contrar ni las armas ni los caballos que había pedido, ni á nadie con quien entenderse, pues que también las autoridades municipales habían huído, que desde luego dió orden á sus quinientos bandoleros para que saquearan la villa y después la incendiaran, lo mismo que las fincas de campo inmediatas, dándose muerte á cuantos fueran encontrados huyendo.

La devastación duró varios días, y en seguida fueron abandonadas las ruinas de la villa, yéndose todos aquellos bribones cargados con un inmenso botín que á poco tendrían que tirar para que no les embarazara en sus nuevas depredaciones.

Otro bandido que se titulaba nada menos comandante superior de Veracruz, un tal H. Maréchal, general del ejército francés, al pasar por Tlacotalpam el 29 de Julio de 1864, expidió un decreto en el cual decía entre otras barbaridades:

«Leed hombres, habitantes, y se desvanecerá vuestro miedo.

«Por lo demás, os obligaré á tener el sentimiento de vuestro valor y de vuestra dignidad, y os prevengo que por donde yo vaya á expedicionar contra los bandidos que se titulan liberales, mandaré destruir todas las casas que se hallen desamparadas por sus moradores. . . .

«Os prevengo, además, que trataré del mismo modo que lo he hecho hoy (había mandado saquear y quemar varias casas de liberales) toda casa en que se hallen efectos pertenecientes al ejército francés.»

El canibal Maréchal tenía otro émulo: otro comandante superior que se firmaba *A. Combe*, quien acaban-

do de salir Maréchal de Tlacotalpam, publicó una proclama semejante, diciendo entre otras cosas:

«Convida el comandante á todos á volver á sus ocupaciones, y si dentro de pocos días los lancheros y pescadores no hubieren vuelto á su puerto, el señor comandante mandará quemar sus botes y canoas.

«Con el fin de evitar todo error y hecho involuntario, se previene á los habitantes, que todo aquel que fuese cogido fuera de la línea militar, será inmediatamente fusilado ó ahorcado, según tuviere lugar, salvo el caso en que presente personas fidedignas que abonen su conducta, y en caso de engaño los dos sufrirán la misma pena.

«Durará la responsabilidad por tres meses.

«Todos pueden circular libremente, pero el señor comandante recuerda á los habitantes que no deben abusar de esta licencia, si no, se mostraría rigurosísimo!!!»

Aquí hay que considerar varias cosas:

1^a Que todos esos comandantes se convirtieron en reyezuelos.

2^a Que todos legislaban é imponían penas á su satisfacción.

3^a Que á quienes molestaban y hacían principalmente la guerra, era á los habitantes pacíficos.

Y 4^a que todas las amenazas que hacían no se quedaban escritas, sino que con los hechos eran por lo general más brutales que con las palabras.

Por lo demás, todos esos bandidos como Maréchal, Combe y un tal Berthelin que fué más cruel y más feroz que todos ellos en el Sur de Jalisco, con excepción de Dupin que no sabemos dónde moriría, pagaron con la vida sus iniqui-

dades en suelo mexicano. Todos recibieron un castigo que no compensó nunca el mal que causaron, una vez que esos cuatro infames y otros tan infames como ellos, que vinieron como montones de cieno pegados al ejército francés, pudieron formar ríos con la sangre que derramaron.

Nada sin embargo había que extrañar, porque la guerra que mandó hacer Napoleón en México, sin darle para ello ningún motivo, sólo porque dominaba en Francia, tenía ejércitos y quería complacer á su mujer y á sus favoritos, esa guerra fué exterminadora, desoladora, rapaz y mortífera.

Fuera de los mexicanos que á cientos murieron desde Veracruz á México en los grandes combates que se libraron en 1862 y 1863, y los que siguieron muriendo en la guerra que se siguió sosteniendo en todo el país, hubo todavía otra mortandad mayor simultánea en todas las poblaciones que fueron ocupando los franceses, por medio de unos tribunales de sangre que establecieron y los que recibieron el nombre de Cortes Marciales.

Las Cortes Marciales hacían temblar á todas las personas pacíficas que no se mostraban adictas al imperio, como probablemente hacían temblar en tiempo de Felipe II á las gentes ilustradas los Tribunales del Santo Oficio.

Los que tenían las armas en la mano no podían temer á las dichas Cortes Marciales porque raras veces lograban llegar hasta ellos, supuesto que cuando caían prisioneros, eran fusilados en el mismo campo de batalla: los que sí las veían con pavor, eran los que estaban en el seno de sus familias, que no sabían si el día de mañana iban á ser denunciados como sospechosos para ser llevados ante esos tribunales que jamás pronunciaron una palabra de perdón. Funcionaban á mañana y tarde y á